

EDITORIAL

El proceso ha muerto, ¡Viva la República!

En el bullicio de los jingles, de las bocinas, de los estribillos, en el abigarrado paisaje de las banderas, los colgantes, los murales y los graffitti, en el calor de las asambleas, en la estridencia de las caravanas, en la vehemencia de los discursos, en el paroxismo de las ovaciones, en la montaña de papeles, de listas de votantes, de números, de efígies, de nombres, en la evocación mil veces repetida de los conductores epónimos, el país se reencuentra a sí mismo. Es el mismo viejo Uruguay de antes, se reconforta pensando el ciudadano. Si hasta parecía que Gardel ya no cantaba tan bien, ni rebosaba su sonrisa de criolla simpatía, ni el churrasquito era tan sabroso, ni el mate tan buen compañero... todo ha sido un mal sueño, una larga, interminable pesadilla, que va a desvanecerse con todo de pronto, súbitamente, como hacen los sueños cuando acaban. Y el despertar total —el primer atisbo de vigilia vino ya en el '80— será el domingo que viene. Cuando votemos. Porque los uruguayos que no votan sólo se dan en las pesadillas. Los uruguayos de verdad votan, y votan mejor que nadie. No por lo que ponen en las urnas, que eso depende de la oferta que haya: porque la continuación de ensajismo de concentración, y de orden con que lo hacen es ejemplar, inmejorable.

El mismo Uruguay. Pero al mismo tiempo, otro. Con la identidad recompuesta en los comicios, con el retorno a su ser auténtico, pero al mismo tiempo más experimentado, con un par de lecciones aprendidas con un par de vivencias más, de esas que marcan la conciencia. No un país borbónico, todo memoria y nada aprendizaje. Tenemos que creerlo. "Nos bañamos y no nos bañamos en el mismo río" enseñó Heráclito. Nosotros somos los mismos y somos otros. Tiene que ser así. Porque, el Uruguay de antes, igual que antes, ¡qué lindo! Pero también, ¡qué peligroso!

En realidad, no ha sido una pesadilla como todas. Este proceso, así llamado, o autodefinido, que ha sido todo menos un proceso, ha tenido de los sueños ordinarios la textura evanescente, pero ha participado de la naturaleza de los sueños oraculares. Ha sido una advertencia.

Esta es una de las lecciones que tenemos que haber aprendido. Dios quiera que la vivencia de la arbitrariedad y la opresión —nada más amargo que tener que mirarle a los ojos al que manda para averiguar cómo ha de irnos en el futuro— nos aguce el ingenio para que esa lección nos quede profundamente grabada en la mente. Todas las legitimidades —dice la lección que debemos aprender a fondo— se desgastan, se gastan, se dilapidan. Aún la legitimidad suprema de estos tiempos modernos, la que recibe el ungido por el voto popular, es como un capital. Un capital, no sólo del ungido: de todos. Un capital de la familia, de la nación, del gobierno y de la oposición juntos, que todos deben administrar con parsimonia, con esmero, con cariño. Porque si no se va, se pierde, como la fortuna del pródigo. Y en su lugar viene la destitución absoluta, la pobreza política de solemnidad... ¿para qué explicarlo? La triste condición en que hemos vivido por once años, en la que unos a quienes no hemos elegido se ponen a mandarnos, y encima a endilgarnos sermones, como si fueran distintos, mejores o más sabios, sin otra regla que su cambiante voluntad.

Hay una faz consoladora en esta lección: el que en semejante condición no vuelva a ocurrir es cosa nuestra. No es cosa de ellos. No vendrá un día cualquiera en que a los militares les venga en gana dictarnos una política y salgan de sus cuarteles, ocupen los locales que hemos construido para albergar a nuestros gobernantes, y comiencen a mandarnos, y a comunicarnos sus pragmáticas por televisión, al son de charangos. No, eso no ha ocurrido nunca, y nunca ocurrirá. Lo que ocurrió y, por desventura puede volver a ocurrir —el desprestigio del proceso no es más que un seguro a plazo— es que el capital de legitimidad, un día, tras mucho despilfarrar, se agotó. Y, por desventura, como decíamos puede volver a agotarse.

La legitimidad, he aquí un ente en cuya comprensión hemos recibido como nación, un adiestramiento intensivo.

Hemos visto arruinarse el capital de legitimidad de un régimen constitucional, luego de una involución de varias décadas, y luego asistimos a la quiebra acelerada de la legitimidad de emergencia del régimen militar. Es preciso que comprendamos lo que pasó con el régimen militar. Por qué mandó tanto y ahora ya no manda más. Los fusiles son iguales, y los tanques son los mismos del '73. Pero ya no funcionan como fuente de poder. Siempre hecho un ingrediente, sutil pero decisivo, en el gobierno de las Fuerzas Armadas. También era un capital —un capitalito— de legitimidad. Débil, pequeño, propenso a evaporarse, pero de legitimidad al fin. Sin eso no se manda un solo día.

Pero eso de la legitimidad, ¿qué cosa es? ¿Dónde reside? La legitimidad es el derecho a mandar, y reside en la conciencia nacional. Como todo el derecho. La legitimidad es, por supuesto, derecho. Claro que si creemos que todo el derecho está contenido en ciertos libros, que recogen actos sancionados de tal y cual manera, y sólo en esos libros la buscamos, a la legitimidad no vamos a descubrirla nunca. Pero existe. Y ahora que vamos a tener un gobierno constitucional otra vez, debiera suscitar nuestros mayores desvelos.

Porque la legitimidad constitucional tenemos que verla como una planta joven, que tiene que crecer, que mientras sea tierna debemos regarla y cuidarla cada día, para que llegue a ser un árbol robusto, al que ningún vendaval podría tumbarlo. O como un capital incipiente, que debemos invertir con discriminación y prudencia, y vigilar con trabajo asiduo, para que llegue a ser una gran fortuna, a cuyo amparo la república pueda sentirse segura de su libertad.

Y esa planta, ¿con qué se riega? Montesquieu diría que con virtud. El enseñó, de la democracia, que la virtud es la savia que le suministra vida y vigor. Con austeridad. Las repúblicas son constitutivamente austeras, y cuando dejan de serlo, dejan de ser repúblicas. Sobre todo, se riega con autodomínio. Con respeto de las reglas de juego. Esto es lo más difícil de todo. Y lo más importante.

Hay quienes dicen que en el amor y en la guerra todo está permitido. Sea esto o no verdad, lo cierto es que para la convivencia política sí hay, seguramente, reglas estrictas. Es cierto que en la convivencia política se juega por apuestas enormes. Que un gesto, una palabra, pueden significar el desplazamiento del poder por larguísimo lapsos, de un hombre a otro hombre, de un partido a otro partido. El poder, ese objeto de las apetencias más vivas que conozca el alma humana, capaces de eclipsar al impulso erótico y a las avaricias de la avaricia. Esa fruta, supremamente atractiva, puede estar al alcance de la mano para quien ose asirla, tal vez contra la admonición de un precepto incontestable. ¡Qué tremenda tensión!

¡Qué sutileza, además, la del demonio tentador! "Asíla", le susurra al tentado, "porque tú la quieres para el bien común". "Miente esta vez", continúa la serpiente, "Porque tu rival se apresta a hacer otro tanto, y encima quiere poder sólo para satisfacción de su concupiscencia". Y más muchos más argumentos, de arrolladora capacidad persuasiva. ¿Qué ha de hacer el viejo Adán en tales circunstancias?

Pues bien, algunas veces, en una proporción no despreciable de las ocasiones, debe resistir. Las reglas del juego deben respetarse en grado razonable. No es indispensable que lo sean siempre. Pero como norma. De lo contrario, el juego no podrá jugarse.

La planta de la legitimidad democrática se riega con la razón. Con el debate racional. Con el discurso fundado. Con la dialéctica. En esta hora, que es la venturosa hora del fervor republicano, pero que no aseguraríamos que fuera asimismo la hora de la lucidez, se pretende que al arbolillo de la legitimidad democrática hay que ponerle un tutor que llaman alternativamente consenso y concertación. Nada más lejano de la verdad. La búsqueda del consenso es la negación de la democracia. El consenso, la unanimidad, son el terreno natural de los totalitarismos. En el Uruguay, las peores leyes, leyes que, dicho sea de paso, aún mancillan nuestra legislación positiva, como la ley de Ilícitos Económicos y la Ley de

Seguridad del Estado, fueron votadas por unanimidad, o casi por unanimidad. ¿A quién se le ocurre volver a ensayar semejante abono tan artificial, tan ajeno a la biología de la planta, luego de una experiencia tan atroz?

La democracia, aún convaleciente, puede tolerar cualquier cantidad de discrepancia, siempre que sea acompañada de una dosis conmensurable de raciocinio, de polémica abierta, de participación. Participación, en este contexto, en el contexto de la democracia liberal, significa participación en el logos de la cosa pública, de la res pública. Significa barras atentas en el Parlamento, prensa libre, foros abiertos a las minorías, a los ciudadanos. Y por fin el voto, la regla mayoritaria, conforme al derecho, el criterio último para dirimir las diferencias.

La campaña electoral toca a su fin. Va a abrirse, entre el 26 de noviembre y el 15 de febrero, un paréntesis de importancia crucial. Apenas conocido el partido y los candidatos tocados por la vara de la mayoría, la república tendrá que ponerse a trabajar. A participar. A sentar las bases de un discurrir en común, sobre nuestros asuntos. De hacer, en definitiva, todo lo que en la campaña no se hizo.

Un estilo. La planta de la legitimidad democrática se cuida y se vigoriza desarrollando un estilo apropiado a la democracia. ¿Cuándo olvidamos los uruguayos el que sin duda en una época teníamos? No sabremos bastante para responder. El hecho, derivado de nuestra experiencia, es sin embargo que lo hemos olvidado. Búsqueda, tan inclinada a explicitar sus discrepancias por temperamento y por convicción, por adhesión al etnos republicano de la dialéctica, jamás ha podido trabarse en racional polémica con un adversario sin que ésta intercalara ataques personales, entre sus argumentos. Como si fuera de orden; como si estuviese mal visto atenerse a la razón.

Es necesario que llenemos las alforjas para el viaje. Será un viaje difícil, por tierras agrestes, plagadas de obstáculos. Las alforjas, durante la campaña, se llenaron un poco más de aire caliente, de ruido y de furia. Eso no va a suministrarnos el alimento que necesitamos.

Tendremos que discurrir de política económica de una manera nueva. No como si hubieran bloques rotulables de medidas, unos en que todo es bueno y otros en que todo es malo. No de una manera maniquea. Analíticamente. Ahora que ya no se tratará de ganar votos, sino de contemplar el interés del país.

Tendremos que hablar de ley, de derecho, de libertad. Que todas esas cosas son bienes de valor excelso que no habremos conquistado votando el 25 de noviembre. Que son objetivos que se nos ofrecen al fin de ese camino escarpado que debemos recorrer, a partir de una jornada que puede ser un comienzo venturoso, que debe serlo, que debemos hacer que lo sea, pero que no debemos confundir con la llegada, con la meta.

Mientras tanto, antes de que Búsqueda vuelva a ver la luz pública, habremos votado. Nos habremos reencontrado a nosotros mismos en el bullicio y la pasión arrolladores de los últimos días de la contienda, en la seriedad, el orden, y el respeto con que habremos ido a las urnas. Formulamos augurios porque sepamos proyectar esas virtudes que seguramente aflorarán el día de los comicios hacia el foro ciudadano que deberá sucederlos, en el que la república deberá ventilar los asuntos de su incumbencia.

En lo que nos concierne directamente, como órgano de prensa, sentimos acercarse una hora en que la responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros habrá de potenciarse. Junto a los políticos, actores exclusivos durante la campaña, todos en la república deberemos ocupar nuestros puestos en el gran escenario nacional, donde nuestros asuntos habrán de discutirse. Allí, con lo mejor de que tengamos, con la convicción de que los uruguayos esta vez no podemos fallar, con una esperanza que excluye la inquietud, dispuestos a la lucha tenaz, ávidos de participar, estaremos nosotros. En la hora de la libertad ¿cómo íbamos a fallar?